

TESTIMONIOS

CHINA: EL FIN DE LA UTOPIA ASEXUAL

AL ANALIZAR LOS PROCESOS QUE CONDUJERON a la revolución sexual en Occidente, el historiador Pan Suiming cita tres causas fundamentales: la constitución de familias nucleares, la independencia económica de las mujeres y la desaparición de la unidad familiar como célula de base de la sociedad (tanto como unidad de producción, de intercambio y, últimamente, de consumo). En estos señalamientos, que han bastado para hacer de Pan Suiming un personaje original, todo el mundo puede detectar muchos de los procesos en que se halla actualmente sumergida la propia sociedad china: imposición del control de la natalidad, ruptura con las familias de “tres generaciones bajo el mismo techo”, aumento de los divorcios, responsabilización individual sobre la producción. . . En lugar de escamotear los problemas refugiándose detrás de las sacrosantas tradiciones chinas reinterpretadas a la luz de la “moral socialista”, Pan Suiming inicia en sus escritos y en sus cursos sobre cuestiones sexológicas en la Universidad del Pueblo de Beijing una reflexión largo tiempo abandonada y que se impone con urgencia, como lo demuestran las imprevistas problemáticas a las que ya debe enfrentarse esta sociedad en plena transformación.

Duro aprendizaje igualmente para muchos occidentales que esperaban encontrar en China un “paraíso”; es decir, un lugar de ángeles sin sexo. Basta dar hoy una vuelta por los parques de una gran ciudad cualquiera para sentirse nuevamente feliz ante el irremediable fracaso de las utopías.

P. ¿Cuáles han sido los grandes cambios que se han producido en la vida sexual de los chinos, desde la instauración de un régimen comunista en 1949?

R. En 1949, el gran cambio fue la supresión de la poligamia. Y a partir de los años ochenta, la búsqueda del placer como meta de las relaciones sexuales representa igualmente una gran novedad. Tradicionalmente, el sexo era considerado ante todo en relación con la salud.

P. ¿Esto marcaría un cambio del esquema corporal entre la nueva generación y las precedentes?

R. Sí. Las mujeres, por ejemplo, le confieren un valor sexual cada vez más elevado a sus senos; hasta ayer éstos eran relegados en las capas inferiores de la sociedad a meros aparatos de nutrición.

P. Este fenómeno se acompaña de una reducción de la lactancia, lo que muchas organizaciones de salud consideran alarmante.

R. Esto es inevitable. La nueva actitud, sobre todo en las ciudades, no puede valorarse desde una óptica occidental, que pregona cierto "regreso a la naturaleza". La mujer china está dándose cuenta de que sus senos pueden ser bellos y tener cierto sentido erótico. El próximo paso podría consistir en investir de sentido erótico a todo el cuerpo y luego —entonces sí— podrá pensarse en regresar a la naturaleza. Lo contrario sería retrógrado.

P. La virginidad es un tabú mal conocido de China. No parece haber sido tan profundo como en Occidente.

R. Se equivoca; es un tabú tan arraigado que aún hoy, en el campo, no son raros los crímenes que se cometen por su causa. Conozco igualmente a muchos obreros que debieron casarse al quedar la mujer embarazada. En estos casos, hay que distinguir según el tipo de educación que se ha recibido. Un hombre impregnado de moral tradicional, por ejemplo, valora enormemente la entrega de una mujer antes de la boda; la considera como una prueba absoluta de su amor y siente por ello la ineludible obligación de casarse con ella. Entre personas educadas de manera más abierta, fuera de los marcos tradicionales, pueden surgir en cambio fácilmente resentimientos y sospechas del tipo "¿no te habrás acostado con otros?"

P. Aún así, las relaciones prematrimoniales son frecuentes.

R. Sí, pero a condición de que sean prematrimoniales; es decir, de ocurrir entre dos prometidos. El promedio de los que conciben la posibilidad de mantener relaciones sin perspectivas de boda es muy escaso, no ha de superar el 20%, aunque ya entre muchos jóvenes de menos de 20 años existen tales cuestionamientos.

P. ¿La infidelidad conyugal es frecuente?

R. En el campo la mujer le debe obediencia al marido; no se atrevería a engañarlo, aunque quisiera. Tampoco se atreve a divorciarse y no tiene ningún medio de controlar las actividades de su marido. En las ciudades, en cambio, de un 30 a un 40% de los divorcios están motivados por la infidelidad de una de las partes; en general, la masculina. Esto ocurre, sobre todo, en parejas que fueron presentadas por terceros, que se casaron sin haberse elegido.

P. ¿Cómo ve usted el proceso de liberación sexual iniciado en Occidente en los años sesenta?

R. En Occidente se ha querido transmutar y liberar a toda costa las relaciones sexuales; la gente puede hacer el amor con quien mejor le parezca y sexualiza fácilmente sus relaciones de amistad. Tales cosas, si bien no me parecen "errores", me dan a pensar que encierran ciertos peligros. Es decir, si no se les concede la atención debida pueden revelarse como dañinas para el espíritu y para la salud y no permitirán una profundización de la sexualidad en sí misma. En Occidente, la información y la divulgación de sexología, técnicas sexuales, etc., es muy amplia, pero pareciera haberse limitado a una voluntad de destruir los marcos familiares y el sistema monogámico. Una sexualidad así es forzosamente parcial.

P. En Occidente, a partir de Freud, también se ha discutido mucho sobre la necesidad de la represión sexual para el surgimiento de la civilización. ¿Cómo ve usted el problema?

R. Me parece que éste es justamente uno de los puntos en los que Freud estuvo desacertado. Él pensaba que la sociedad, o la civilización, debían reprimir necesariamente la sexualidad. Sin embargo —viendo esto tanto desde la historia de Occidente como de la de China—, si bien hay un plano de represión, también debemos constatar que la civilización es algo pasivo y dicha evolución amplía y eleva sus marcos de referencia. Freud, por su parte, veía esta relación en términos de un antagonismo total; él creía que lo social y lo sexual debían chocar; esto me parece parcializado, y no siempre inevitable. La represión puede llevar al estancamiento de una sociedad.

P. En Occidente se le decía a los niños que los traía la cigüeña o que nacían en una col. ¿Qué les cuentan los padres chinos a sus hijos?

R. Les dicen que los van a buscar a un lugar donde los eligen.

P. ¿Cuáles son las actitudes ante la masturbación juvenil? ¿Qué prejuicios están relacionados con ella?

R. Depende de los ámbitos. Entre los intelectuales, los empleados y los funcionarios hay los que ignoran todo sobre el asunto, o bien creen que es algo excepcional. En cambio, la masturbación es frecuentemente practicada en el campo y entre los obreros. Se le suele considerar dañina para la salud. En China las actividades sexuales siempre se encararon desde el punto de vista del equilibrio físico, no de una manera religiosa. Nunca se ha dicho: "¡Esto ofende a Dios!"; en cambio, entre la gente común, todos los niños han oído alguna vez que la masturbación podía perjudicarles la salud.

P. ¿Este enfoque tradicional puede explicar igualmente la amplia difusión de los productos afrodisíacos?

R. Exactamente. A los afrodisíacos se les considera como vigorizantes, destinados a reforzar la tonicidad general, y sólo a partir de

cuando se tienen cuarenta o cincuenta años algunos los toman como excitantes. Siempre ha habido muchos afrodisiacos, sobre todo en las épocas en que existía un sistema poligámico. Por otra parte, el empleo de éstos está ligado a algunas supersticiones: como están hechos con productos derivados de los animales, se cree que tomándolos se incorpora algo de la fortaleza de aquéllos.

P. ¿Los homosexuales chinos son condenados a algún tipo de pena, tal como la reeducación en campos de trabajo?

R. No. En épocas de endurecimiento pueden a lo sumo sufrir una reeducación, pero no se les considera delincuentes ni se les envía a trabajos forzados. Últimamente hay mayor flexibilidad. En 1986 hubo muchos que fueron liberados y desde hace un tiempo, si nadie los denuncia, no se les molesta. En general, la homosexualidad es algo secreto. Fuera de algunos grandes baños públicos convertidos en lugares de citas, los homosexuales prefieren la convivencia privada con personas de sus círculos de trabajo.

P. ¿Lo mismo ocurre con la homosexualidad femenina?

R. No. Si los homosexuales son pocos, las lesbianas son menos aún. Que yo sepa, algunas mujeres con este tipo de desviación acuden a las consultas psicoterapéuticas de algunos hospitales.

P. La mayoría de los chinos que han visto videocassetes "pornográficos" confiesan sentirse sorprendidos por la variedad de posiciones que pueden existir para hacer el amor. ¿Fingen ingenuidad o hay realmente una gran ignorancia al respecto?

R. En una encuesta que realicé entre 500 personas había una pregunta que justamente trataba de las posturas practicadas con más frecuencia durante el coito. Sólo 17 de los encuestados afirmaron utilizar otras posiciones diferentes de la del "misionero", con la mujer acostada de espaldas y el hombre encima de ella. Pero luego, hablando sobre el tema con amigos, me di cuenta de que este dato no es de fiar, pues a los chinos les repugna contar sus intimidades. Por lo que he podido saber de personas allegadas, se practican todo tipo de posturas y maneras de coito, de manera habitual y con placer mutuo.

P. ¿Existiría, pues, un reconocimiento general del orgasmo femenino?

R. Antes de la encuesta suponía que el común de los chinos nada sabía al respecto, mas las respuestas me revelaron que no era así, sobre todo entre personas con alguna lectura.

P. ¿Qué diagnóstico haría usted sobre la sexualidad de los chinos?

R. Es difícil formular diagnósticos. Yo soy historiador, y como tal puedo percibir que existen ciertas inadecuaciones en la actitud

que tienen actualmente los chinos hacia la sexualidad. En otras épocas históricas, durante la dinastía Ming (1368-1644) por ejemplo, o aun antes, la vida sexual de los chinos era rica y variada. ¿Por qué habría de limitarse? ¿Acaso proporciona esto un bienestar o una mejora de la calidad humana? Tal vez ahora la sexualidad goce de mejores condiciones que antes para su desarrollo, pero nuestras concepciones sobre la sexualidad son actualmente mucho más pobres que en el pasado. Eso es innegable.

P. Cierta tipo de propaganda —tanto en China como en el extranjero— relaciona la propagación del sida con la liberalización de costumbres.

R. Hay cierta relación, pero no demasiada. Con esto sucede en cierto modo como con la sífilis, que asoló a Europa en el siglo XIX. La sífilis también tenía relación con una mayor apertura sexual y se trató de erradicarla cerrando los prostíbulos y estableciendo toda una serie de prohibiciones en materia sexual. Sin embargo, lo que curó la sífilis no fue la moral sino la penicilina. Todavía se sabe poco sobre el sida, pero hay una elección posible entre saber si se le debe dar prioridad al control social o al control científico de esta enfermedad. Si la ciencia aporta una solución rápida al problema, el control social no llegará a ser necesario. En cambio, si se retarda la aparición de una terapia, es posible que en el mundo occidental se opere una regresión a los métodos sociales de control. El mundo está a la espera de una nueva penicilina.

P. ¿Cómo ha llegado usted a interesarse por cuestiones sexológicas?

R. Como ya lo señalé, soy historiador de formación. Al principio no sentía ningún interés especial por la sexología, pero mientras preparaba mi diploma de investigador descubrí en la biblioteca de mi universidad muchos libros extranjeros, difíciles de procurarse en otra parte. Entre ellos, los que más me influyeron fueron los de Ellis y Foucault. También logré leer a Freud —que ahora ya puede encontrarse en librerías— aunque sin mayor interés: sus complejos son de difícil localización en la sociedad china. Cuando me dediqué a la historia de Occidente, tuve acceso a muchos otros materiales que tratan profusamente de cuestiones sexuales; poco a poco, comencé a interesarme por el tema en China. Esto ocurría en 1980.

P. ¿Qué edad tiene ahora?

R. 39 años. Me recibí después de la Revolución cultural (1966-1976). Durante esos años conocí de cerca la vida de las capas inferiores de la sociedad y no puedo dejar de constatar que las diferencias de vida y costumbres con otros sectores son enormes, incluso en el campo de la sexualidad. En China, contrariamente a lo que ocurre

en Occidente, no son los sectores instruidos los más abiertos, y me temo que en Occidente existen muchas malas interpretaciones sobre el tema. En China, la mayor tolerancia puede encontrarse entre los dependientes de comercio, los camareros de restaurantes y los obreros, siempre y cuando no realicen un trabajo agotador.

P. ¿Cuándo empezó a dictar cátedras? ¿Enfrentó obstáculos?

R. Empecé en 1985. Al principio hubo dirigentes que no estaban muy de acuerdo, pero al final recibí la autorización.

P. ¿Los estudiantes plantean muchas preguntas?

R. Siempre los insto a que lo hagan, pero las preguntas son pocas y nunca concretas; las más frecuentes son de índole teórica.

Reportaje de JORGE P. SVARTZMAN